Diste al mundo ejemplo de entereza,
El pueblo tuyo se cubrió de gloria,
Luchó con denuedo y su destreza
Al mundo deslumbró dando a la historia
Nuevas páginas de heroica fiereza.
¡Oh Roosevelt!, de ti fué la victoria.

Ruega a Dios porque el mundo libertado
Olvide las heridas recibidas,
Oloroso el olivo que le has dado,
Será el camino que levante vidas.
En esta lucha que sembró la muerte
Vióse en Europa destrucción completa,
En eso apareciste hombre fuerte
Luchando como bueno hacia la meta,
Te vimos valeroso; ¡hasta la muerte!

PRÓSPERO ABARCA

San José, 6 de mayo de 1945.

---

# Monseñor Volio

Por Joaquín Vargas Coto

Quince años: cantaban las alondras de la ilusión en el amanecer de su vida; a esa edad, saliendo apenas de la niñez, Claudio María Volio Jiménez miraba el mar desde la borda del barco que lo llevaba, junto con otros jóvenes costarricenses, a Europa, al viejo manantial de ciencia y de arte que nutría la intelectualidad del mundo.

Proceloso era el mar sobre el que navegaba el barco; procelosa era la vida sobre la que flotaría la existencia del joven e ilusionado peregrino. El esquife vencía los mares y los vientos y llegaba al puerto de destino; así pensaría que también él vencería oleajes y tempestades para arribar a su meta. Suprema y definitiva había sido su resolución de consagrarse a la Iglesia; pensaba sin duda que un día había de llegar en que sobre su cabeza se vertieran los óleos de la consagración sacerdotal y en que sus manos, blancas y cándidas, tocarían los albos linos de los altares y en que él, revestido con los rituales ornamentos, oficiaría frente al ara.

Roma, Lovaina y París fueron los altos en su peregrinaje de estudiante; las aulas del Pío Latino en la Ciudad Eterna, los claustros del Colegio de la Santísima Trinidad en la ciudad belga, las galerías del Convento de San Sulpicio junto al Sena y las salas de la Universidad en Lovaina, nuevamente, vieron

al joven cartaginés en sus horas de meditación y de estudio. Con las borlas del doctorado y las más señaladas distinciones, maduro ya por el saber, tornó a la patria, a los diez años de haber partido, después de haberse ordenado sacerdote en el Palacio Arzobispal de la legendaria ciudad de Malinas.

En el mar, cada mañana, el sol que se levanta desde el límite de la enorme llanura deshace con su calor las nieblas que dejó prendidas la madrugada en los horizontes; el sol de fe, las luces inextinguibles de la mística consagración que ardían en el corazón del joven de quince años que iba a Europa el año 89, fueron el sol de la mañana que fundió todas las nieblas con que el mundo, las grandes ciudades, la aventura y la tentación cercan a los hombres en los años primeros de su existencia. Claudio María Volio tuvo un ensueño para su futuro cuando aún era niño y su decisión de realizarlo no se debilitó jamás. Ni el ambiente muelle de las ciudades que recorrió, ni las delicias mundanas que acechan en todos los recodos del camino, ni los racimos tentadores, ni las atrevidas solicitudes que tiene el sensualismo lo hicieron titubear: como Pablo, la senda de Damasco era la suya y estaba escrito que llegaría por ella a las más altas dignidades sin haber sido, eso si, Saulo.

Había nacido en la apacible y señorial Cartago de la segunda mitad del siglo XIX. Tenía un magnífico patrimonio: como afluentes al río de su existencia convergían las corrientes preciosas del nombre, de las sangres progenitoras, de la tradición, de la fortuna y de la inteligencia para darle a su caudal empuje e impetuosidad. Era hijo del hogar de don Carlos Volio Llorente y de doña Matilde Jiménez Oreamuno. Cuando nació, la vieja ciudad colonial ya tenía el sedimento secular de la tradición, de la cultura y de la espiritualidad que la ha distinguido y que ha hecho ese ambiente propicio a la nutrición de destacados varones y de damas extraordinarias. En aquel medio, en la quieta paz cartaginesa, oyendo el tañido de los bronces sagrados que aleteaban en el aire de la brumosa ciudad, escuchando la tradición hidalga y cristiana que se repite en la velada tradicional de los hogares y sintiendo el centenario murmullo de las preces que las generaciones sucesivas han ido desgranando a los pies de la Reina de los Angeles, aquella alma diáfana se había sentido transida por las místicas sublimidades y había decidido consagrarse al altar.

Y al altar se dió. Día feliz para él y para los que le querían, y para la católica Cartago, debió ser aquél del año 99 cuando sus manos elevaron por vez primera en su patrio solar la forma consagrada, al oficiar su primera misa en el altar del Santuario de la Patrona de Costa Rica. Ella había sido su estrella matutina y ella fué, hasta el último día, su vaso espiritual. Tuvimos la fortuna de escucharle en muchas ocasiones: su palabra era suave y fervorosa siempre; pero cuando encontraba sus mejores acentos, cuando se elevaba en arrebato oratorio magnífico, cuando era incienso que perfumaba todos los rincones del alma, cuando era fuego sagrado de encendidos carbones místicos y crepitantes era cuando cantaba a María, la madre de Jesús.

Le escuchamos en panegíricos inolvidables de Ella bajo sus distintas advocaciones: ora en Heredia cantando a la Inmaculada de azul y blanco, ora llorando al pie de la cruz en presencia de la Madre Dolorosa; luego exaltando la fe

profunda del católico y la pujanza de la vieja y heroica raza hispana frente a Nuestra Señora del Pilar; conmoviendo las almas junto al sepulcro sagrado a cuyo lado, lirio de dolor, se angustia la Soledad; o bien, en la basílica tricentenaria cantando las glorias de la Virgen de los Angeles y de la patria costarricense.

Buen sacerdote, empezó en la coadjutoría y fué elevándose en años, en saber, en virtud y en dignidad, de manera que a la hora de su tránsito de este mundo a la eternidad gloriosa ostentaba sobre sus sienes la mitra arzobispal. Y al que en Los Angeles de Cartago había cantado por primera vez la misa en su suelo natal, le fué concedido morir siendo Prelado de Honor de la Basílica de la milagrosa Señora.

Virtuoso y bueno fué dentro de los muros de la iglesia, bajo las naves del templo y bajo las bóvedas de las catedrales. Virtuoso y bueno lo fué asimismo fuera de sagrado. Buen ciudadano, sus comprovincianos lo llevaron en dos períodos sucesivos al Congreso para ser su representante. Virtuoso varón, su generosidad quedó para siempre patente en la casa que levantó con su esfuerzo y su tesón para ser asilo de los viejos desamparados y que en ella han encontrado consuelo, calor amigo y grato, cariño y hospedaje en los años últimos de su existencia. Mucho dejó Monseñor Volio que es recuerdo grato de su paso por el mundo. Pero entre todas sus memorias, ninguna perdurará más que esta obra cristiana y piadosa, los viejos asilados, los que de pronto se encontraron ya sin fuerzas y desvalidos, solos en el mundo, oyeron la voz suave que los llamaba, la voz de Monseñor Volio que les abría este nuevo hogar tibio y amable del Asilo de la Vejez.

Con aquella fundación señaló el virtuoso sacerdote, definitivamente, su consagración en cuerpo y alma a la doctrina de Jesús: hizo el bien a los desvalidos, a los abandonados, a aquellos que, por haber agotado todo cuanto tenían, ya no podían dar nada, a los ancianos que ya no pensaban sino en el término de la jornada. Y entre ellos quiso dormir su sueño eterno: para que sobre su tumba, como un dulce susurro, se agitara todas las tardes, a la hora del Angelus, la oración de los dulces viejos agradecidos.

---

# Alejandro Alvarado Quirós

**Por José Antonio Zavaleta**

Prestante figura literaria la del Licenciado Alvarado Quirós. Fué una de las más destacadas entre aquellas que surgieron a fines de la pasada centuria, cuando el país, bajo la égida de Darío, de Víquez, los Ferraz y de Zambrana, dió un viraje hacia la plenitud liberal.

Veníale en las venas la inquietud por la ciencia y el estudio; hijo de don Alejandro Alvarado García—jurisconsulto de los buenos, como lo afirmaba don